

entre en...

LOS PODERES SECRETOS DEL

ESPIRITISMO

Mundo invisible y poder de los espíritus, técnicas de comunicación con el más allá, mediumnidad

Thomas Rilk



De Vecchi
DVE
ediciones

Entre en...
los poderes secretos
del espiritismo

Thomas Rilk

Entre en...
los poderes secretos
del espiritismo

Mundo invisible
y poder de los espíritus,
técnicas de comunicación con el más allá,
mediumnidad

De Vecchi
DVE
ediciones

A pesar de haber puesto el máximo cuidado en la redacción de esta obra, el autor o el editor no pueden en modo alguno responsabilizarse por las informaciones (fórmulas, recetas, técnicas, etc.) vertidas en el texto. Se aconseja, en el caso de problemas específicos —a menudo únicos— de cada lector en particular, que se consulte con una persona cualificada para obtener las informaciones más completas, más exactas y lo más actualizadas posible. DE VECCHI EDICIONES, S. A.

De Vecchi Ediciones participa en la plataforma digital
zонаebooks.com

Desde su página web (www.zonaeboks.com) podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este formato.

Traducción de Gustau Raluy.

*Fotografías de la cubierta: © David Samuel Robbins/Getty Images;
Kami Vojnar/Getty Images.*

© De Vecchi Ediciones, S. A. 2012
Avda. Diagonal 519-521, 2º - 08029 Barcelona
Depósito Legal: B. 25.435-2012

ISBN: 978-84-315-5416-3

Editorial De Vecchi, S. A. de C. V.
Nogal, 16 Col. Sta. María Ribera
06400 Delegación Cuauhtémoc
México

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de DE VECCHI EDICIONES

Introducción

Como su nombre indica, el espiritismo es una doctrina fundamentalmente espiritualista que da testimonio de la existencia de un mundo invisible después de la muerte del «envoltorio» carnal. En su dimensión experimental y práctica, el espiritismo también es una teoría que aspira al rigor científico y que se propone, como objeto de estudio, el análisis de las relaciones posibles entre el mundo de los vivos y el de los espíritus invisibles, que no son otra cosa que las almas de los hombres separadas de los cuerpos en el momento de la muerte.

La teoría espiritista debe ser planteada en una dimensión moral, casi religiosa. Al mismo tiempo, tiene que ser considerada como una vía abierta al más allá, un camino que no puede recorrerse si no es bajo la luz de la enseñanza de la ciencia espírita.

Esta obra ha sido concebida con un fin práctico, que no es otro que explicar las modalidades y la naturaleza de las relaciones entre el hombre y los espíritus, y facilitar la comunicación con estos últimos. Sin embargo, el autor es consciente de que la convicción moral de la supervivencia del alma humana en la esfera superior del mundo espiritual o, dicho de otro modo, la creencia en la existencia de los espíritus sólo puede adquirirse mediante un largo aprendizaje.

Por esta razón, en los capítulos que conforman la primera parte de esta obra se exponen los orígenes del movimiento espiritista moderno, así como sus precedentes históricos y la manera en que la nueva doctrina espiritista ha sido difundida. Estos capítulos se completan con un resumen de las bases teóricas del espiritismo, que describen, con una atención particular, la teoría de los espíritus y de la sensibilidad mediúmnica, examinada en los tratados del gran maestro Allan Kardec.

Las aplicaciones prácticas de la teoría espiritista se tratan en los últimos capítulos, que constituyen la segunda parte del libro. En ella, el lector encontrará la descripción de las modalidades que permiten comunicarse con los seres descarnados, el desarrollo de las reuniones o las asambleas de espiritismo, la manera de unir la fuerza física del médium con la de los participantes, la evocación de un espíritu determinado, etc.

Se ha dicho que el espiritismo sin Dios conduce a la parapsicología y a la metempsicosis; sin embargo, las personas que utilizan el espiritismo para encontrar un consuelo o para comunicarse con los difuntos queridos son mucho más numerosas que las que actúan por simple curiosidad. Otras sólo esperan obtener una prueba racional y tangible de la existencia de los espíritus y de la realidad de la vida eterna, que no han podido encontrar en otras doctrinas (religiones reveladas por el Ser supremo o limitadas en el marco de la especulación científica).

Este curso de espiritismo práctico ha sido pensado con la esperanza de que todo lector pueda encontrar los conocimientos necesarios para satisfacer y realizar sus propios deseos.

EL AUTOR

Qué es el espiritismo

El espiritismo está basado en la existencia de los espíritus, es decir, de las almas descarnadas de los muertos que, después de que el cuerpo muera, viven en el universo más allá del mundo material y recorren el espacio. Los espíritus se manifiestan en el mundo de los vivos por varias razones y de distintas maneras: produciendo ruidos, desplazando objetos, transmitiendo mensajes escritos u orales, provocando visiones efímeras, y a veces incluso en forma de apariciones corporales u otros fenómenos parecidos, sin una causa aparente.

Reciben el nombre de médiums las personas que poseen la facultad de captar la presencia de los espíritus, debido a una constitución especial del fluido electromagnético (que en este mundo mantiene unidos el cuerpo y el alma). Estos médiums son el vínculo de unión mediante el que las almas de los difuntos actúan en los objetos del mundo físico, transmiten sus comunicaciones y se ponen en contacto con quienes asisten a las sesiones de espiritismo. Al haber sido separados de la materia por la muerte, los espíritus no pueden manifestarse en el mundo corporal sin la ayuda de una energía activa que toman del organismo vivo del médium. Según la doctrina espiritista, estos contactos con el más allá, que en el pasado estaban considerados como hechos maravillosos y fantásticos, imputados a la magia y la brujería, o a la imaginación excitada

y a una credulidad excesiva, no alteran en absoluto el orden de los fenómenos naturales; simplemente son la consecuencia del proyecto divino de la Creación en la que el ser humano y el universo visible sólo ocupan un lugar insignificante.

Para la mentalidad y los conocimientos de un hombre primitivo, un objeto que para nosotros resulta común, como el teléfono, que permite la comunicación verbal a distancia entre dos personas, sólo se hubiese podido explicar recurriendo a la brujería. El hombre moderno, en cambio, cuando se sirve de la electricidad, sabe perfectamente que está utilizando una energía invisible que se produce de un modo natural. La explicación que dan los espiritistas es muy parecida a esta: los espíritus se han manifestado en todas las épocas de la historia de la humanidad, pero la doctrina del espíritu, que ya cuenta con más de un siglo de vida, es la única que puede dar una explicación de estos fenómenos al hombre actual. En las obras fundamentales acerca de la teoría espírita, el espiritismo moderno se define como una «ciencia positiva y filosófica que observa y analiza con el máximo rigor científico los fenómenos espíritas y, al mismo tiempo, profundiza en las enseñanzas que se derivan de las comunicaciones con los espíritus».

Esto significa que, en su vertiente científica, el espiritismo estudia la naturaleza de los espíritus y su origen y su destino, así como las características de sus manifestaciones y de todos los tipos de relaciones que pueden establecer con el mundo de los vivos. Como doctrina filosófica impregnada de una profunda religiosidad, el espiritismo gira en torno al conocimiento de los preceptos morales preconizados por los espíritus en sus mensajes del más allá, a fin de revelar el camino recorrido por el alma humana después de la muerte del cuerpo. ¿Puede el hombre efectivamente comunicarse con las almas de aquellos que le han precedido en la Tierra?

Es evidente que la respuesta que dan los espiritistas a esta inquietante pregunta planteada desde hace años y años sólo puede ser afirmativa. A partir del momento en que se admite la existencia de los espíritus y que se reconoce su identidad esencial con el alma inmortal del hombre, despojada de su

cuerpo físico, ¿por qué negarse a aceptar el hecho de que puedan desear o tener necesidad de comunicarse con los mortales? Esto es precisamente lo que se preguntan los espiritistas: ¿qué tipo de obstáculo puede haber, si la manera de entrar en comunicación con ellos existe realmente, para que no tengamos que acoger sus consejos y escuchar las enseñanzas que pueden transmitirnos? El espiritismo no enseña ni revela nada nuevo: las pruebas sobre las que se basan la existencia de los espíritus y sus relaciones con el mundo de los vivos son tan antiguas como el hombre mismo. Todas las culturas primitivas han tenido profetas, videntes, fantasmas y casas embrujadas. Partiendo de la esfera del mundo natural visible, la totalidad de razas y religiones han basado su esperanza última en la presencia de un mundo sobrenatural, separado por la frontera de la muerte, en donde las almas y los difuntos prosiguen su existencia.

La novedad que aporta la doctrina espírita, cuando apareció como tal, a mediados del siglo XIX, es el descubrimiento de que la clave que ofrece la explicación lógica de todos estos hechos, enmarcándolos en un contexto doctrinal y teórico, no dista de las leyes que rigen los fenómenos naturales.

Franqueando el límite tradicional que define al hombre como un ser formado por un cuerpo y un alma, el espiritismo afirma la existencia de un tercer elemento, indestructible y de naturaleza fluida: el periespíritu.

Este cuerpo etéreo es una especie de envoltorio de propiedades electromagnéticas que, en vida, mantiene unida el alma, o espíritu, con la envoltura mortal del ser humano. En el momento de la muerte, el alma abandona el cuerpo, pero conserva el periespíritu, que es el verdadero intermediario mediante el cual el mundo de los espíritus puede entrar en contacto con el mundo físico de la materia.

Más adelante se tendrá ocasión de exponer brevemente los puntos fundamentales de la doctrina espiritista, ya que es indispensable conocer una serie de conceptos para iniciarse en esta apasionante y sorprendente esfera del mundo espiritual

que envuelve y penetra al hombre. Mientras tanto, se viajará por las principales civilizaciones de la humanidad, siguiendo los indicios de sus creencias en el más allá que han llegado hasta nuestros días, hasta acabar en los hechos singulares de 1847, que significaron el nacimiento del espiritismo moderno.

Para los asirios y los babilonios, los muertos —a los que imaginaban transformados en un soplo inmortal o en un vapor que recorría los espacios del más allá— eran capaces de conocer el destino de los mortales. Estos últimos los invocaban a menudo por medio de prácticas y rituales mágicos, con el fin de obtener sus consejos.

La idea central de la doctrina espírita, es decir, la teoría según la cual el cuerpo magnético que el hombre posee cuando vive acompaña el alma inmortal después de la muerte, ya fue formulada por los antiguos egipcios. Estos creían en un duplicado de naturaleza invisible, al que llamaban Ka y que, según ellos, coexistía en el hombre al mismo tiempo que el cuerpo y el alma inmortal. En el momento de morir, el alma (Ba) inicia un largo viaje por las esferas de mundos superiores y, posteriormente, se reencarna en otro ser humano. A lo largo de toda la reencarnación, el alma se tiene que ir purificando hasta alcanzar la perfección y, paralelamente, la liberación completa del mundo material.

Una vez privado del alma, el duplicado (Ka) permanecía en los restos mortales tanto tiempo como estos se conservaban. Por esta razón se embalsamaba a los difuntos y se construían tumbas monumentales: para garantizar la conservación de los cadáveres el máximo tiempo posible y en un lugar seguro. Cuando estos últimos desaparecían, el Ka se transfería a una estatuilla depositada en la tumba junto al difunto; al «habitarla» la dotaba de poderes mágicos y milagrosos. Estas transferencias de carácter mágico, en las que el alma del difunto se introduce en una estatuilla o en otro objeto, son creencias que dieron lugar al nacimiento de los amuletos y los fetiches. Estos objetos, que se creía que estaban animados con poderes sobrenaturales, eran utilizados por los magos y los brujos para echar suertes o procurar la curación de todos los males.

En las gentes que poblaban Europa, también encontramos la creencia en un mundo invisible habitado por las almas de los muertos. Estaba muy viva en las tribus celtas. Los autores griegos y latinos han dejado muchos testimonios de este pueblo guerrero, que, en el siglo V, llegó hasta la Península Ibérica por la Europa Central. Los celtas creían fervientemente en la reencarnación y en la intervención de los espíritus en el mundo de los vivos. Como también lo enseña hoy en día el espiritismo moderno, pensaban que después de la muerte el alma debía superar grandes dificultades para poder reencarnarse; este periodo crítico podía durar entre unos días y unos años.

En Oriente, la doctrina budista y el hinduismo tradicional (inspirado en los Vedas o libros sagrados antiguos) defienden algunos principios que corresponden perfectamente a un espiritismo primitivo: el paso de las almas descarnadas a otro mundo; el retorno del alma a la Tierra en nuevas y sucesivas reencarnaciones; la deuda del karma, es decir, los efectos de las acciones humanas, que pesan en el alma durante todo un tiempo hasta el momento en que, después de varias reencarnaciones, el espíritu purificado se asimila a Dios y conoce entonces un estado de nirvana o beatitud absoluta.

El estado de nirvana

El buda Gautama, que llevó a cabo el nirvana, habla de ello a sus discípulos en estos términos:

«Existe, oh Discípulos, un reinado sin tierra, sin agua, sin fuego, sin aire. No es el espacio infinito, ni el pensamiento infinito, ni la nada, ni la idea o la ausencia de idea. Ni este mundo, ni otra cosa. No lo llamo ni una venida, ni una partida, ni una actitud fija, ni la muerte, ni el nacimiento. Carece de progreso, de estación; es el fin del dolor.

»Existe, oh Discípulos, un no ocurrido, no nacido, no creado, no formado; si no existiera este no ocurrido, no nacido, no creado, no formado, no habría salida posible para lo que ha

ocurrido, nacido, creado y formado, pero como existe un no ocurrido, no nacido, no creado, no formado, así puede escaparse lo que ha ocurrido, nacido, creado y formado.»

(Udana, VIII, según una traducción del original
en pali de F. I. Payne)

Los griegos, que en sus doctrinas filosóficas adoptaron y reelaboraron muchas ideas de la tradición oriental, creían en los espíritus y en los oráculos. Esquilo, en su tragedia *Los persas*, describe a la viuda de Darius ofreciendo libaciones de leche y miel para invocar el espíritu de su esposo, a quien se le permite abandonar el Reino de las Sombras durante unos instantes. Sócrates también afirmaba que estaba asistido constantemente por un espíritu familiar sabio. Platón y Pitágoras admitían la existencia de los espíritus y creían en la doctrina de la reencarnación.

En el mundo romano, todas las casas, todas las familias y todas las poblaciones se encontraban bajo la protección de espíritus familiares (los lares). Las prácticas mágicas estaban muy difundidas en todas las capas sociales, y se recurría sobre todo a la magia adivinatoria y a las evocaciones de los espíritus. Temiendo que los adivinos y los nigromantes incitaran a los ambiciosos a tomar el poder, los emperadores emprendieron una larga serie de procesos contra la brujería. Estas creencias debían estar muy enraizadas en el pueblo porque, muchos años después, todavía se intentaba, en vano, suprimirlas.

En las primeras sectas cristianas que aparecieron en Roma persistían muchos elementos de las doctrinas espiritistas antiguas. Sin embargo, con el triunfo del cristianismo, la magia perdió el monopolio de las relaciones con el mundo sobrenatural. El Dios que anuncia la nueva religión es único, infinitamente perfecto y todopoderoso; la naturaleza obedece

ciegamente a sus leyes y no puede concebirse otra fuerza superior que pueda obligar al Creador a modificar sus designios. Por lo tanto, todo lo que va al encuentro del orden natural es un crimen contra Dios, quien da la vida al hombre y se la quita después con la muerte. Entonces, cualquier práctica mágica se convierte en un hecho demoníaco, intrínsecamente malo, luego condenable.

Pero, pese a los anatemas, las hogueras y la crueldad bárbara con la que se castigaba a los culpables de brujería y de prácticas ocultas, las doctrinas esotéricas continuaron viviendo en la clandestinidad.

Durante la Edad Media y el Renacimiento, la plebe, al igual que los nobles —y algunas veces también ciertos miembros de la Iglesia—, se dedicaba frecuentemente a la magia y a la brujería. Magos, astrólogos, alquimistas, videntes, posesos, etc., son personajes característicos del mundo feudal. En bastantes casos, se trataba de hombres que se habían consagrado a la ciencia y a la filosofía, preocupados por analizar los fenómenos naturales y hallar una explicación o un punto de partida para sus estudios en los textos de los grandes maestros de la Antigüedad.

En el siglo XVI, el famoso Paracelso, que, por sus teorías revolucionarias, estaba destinado a trastornar los fundamentos de la medicina tradicional, confirmó la existencia de un fluido magnético universal. Según su hipótesis, este fluido ejercía una influencia activa sobre el cuerpo humano, de manera que se hubiesen podido aplicar —esto es lo que creían los discípulos del magnetismo— estas fuerzas para curar enfermedades nerviosas y otras afecciones.

En el Tratado de medicina energética, publicado en 1673 por el eminente médico escocés W. Maxwell, el fluido universal, que se ha intentado relacionar con la teoría del espíritu, aparecía descrito como el «fluido vital que une el cuerpo y el alma», es decir, un elemento y una función muy parecidas a las cualidades que los partidarios del espiritismo atribuían al periespíritu.

Los hombres de ciencia intentaron transformar las antiguas supersticiones y las prácticas heterodoxas de curanderos en una medicina positiva, basada en la razón y la medida, y la alquimia en un instrumento capaz de hacer descubrir la clave lógica de los hechos naturales.

La filosofía moderna, por su parte, condujo todas sus reflexiones al problema del hombre, considerado como una criatura del reino animal que no puede sustraerse a las leyes del mundo natural, y dejó a los teólogos las cuestiones relativas a la divinidad.

En esta época, en todas las ramas del saber se produjeron posicionamientos a favor de la verdad y de la lógica natural que desembocaron en el racionalismo, el imperio de la razón, cuyos postulados constituyen la base sobre la que más tarde se construyeron la ciencia contemporánea y el pensamiento materialista actual.

Pero, aunque los conocimientos científicos hoy en día pueden dar una explicación racional a muchos de los fenómenos que en el pasado, a causa de la ignorancia de las leyes físicas y químicas, estaban considerados consecuencias de una intervención divina o mágica, existe todavía un límite infranqueable —pese a los medios sofisticados de los que disponen los científicos contemporáneos— más allá del cual se continúan produciendo hechos, igualmente concretos, envueltos en un tupido misterio.

A mediados del siglo XIX, en Estados Unidos, se produjeron una serie de hechos insólitos que quedaban fuera del alcance de cualquier interpretación científica. Estos acontecimientos fueron catalogados en esta zona de penumbra que la razón humana, en un momento histórico dado, aún no puede confirmar.

Los hechos en cuestión tuvieron una gran e inmediata repercusión y despertaron el interés de escritores famosos, científicos, filósofos y eclesiásticos. La clave que explicaba estos fenómenos, que no podía obtenerse por medio de la ciencia

oficial, se descubrió un tiempo después, cuando fue formulada la doctrina espiritista. Fue como si, justo en el momento en que el mundo moderno se disponía a entrar en la era del gran desarrollo material de la humanidad, los espíritus hubiesen querido hacer acto de presencia ante los hombres para recordarles la preponderancia del mundo espiritual y el fin supremo de la creación.

En una granja de Hydesville, situada en el estado de Nueva York, se produjeron unos extraños acontecimientos que obligaron a la familia Weckman, que vivía allí, a abandonarla a toda prisa.

Una noche, aproximadamente a la una, un grito de terror despertó al matrimonio Weckman; provenía de la habitación contigua, en donde estaba su hija. Alarmado, el padre fue allí y llevó a la niña a su habitación. La pequeña estaba muy asustada y en estado de choque: gemía débilmente y su rostro contraído mostraba evidentes signos de terror. Afortunadamente, no le había ocurrido nada grave y, una vez tranquilizada, explicó lo que le había ocurrido. Le habían despertado unos ruidos extraños y se había sentado en la cama. Entonces, notó una «cosa fría y blanca» que, en un primer momento, le había parecido que era un animal desconocido reptando por su cuerpo hasta el cuello. La niña se dio cuenta fugazmente de que se trataba de una especie de mano extraña con dedos muy móviles. Pegó un grito y perdió el conocimiento. Los padres se calmaron, convencidos de que había sido una simple pesadilla... La niña durmió el resto de la noche en la cama de sus padres y el episodio fue olvidado. Unas semanas después, también durante la noche, se oyeron unos golpes insistentes en las paredes de la casa. La niña se despertó sobresaltada y gritó: los golpes cesaron de inmediato y volvió el silencio. A partir de aquel momento, la idea de que la casa estaba habitada por un fantasma empezó a obsesionar a la señora Weckman, que, de mutuo acuerdo con su marido, decidió marcharse cuanto antes y mudarse a Nueva York.

Estos hechos habían tenido lugar en 1847. Unos meses más tarde, llegaron a la granja unos nuevos inquilinos, la familia Fox.

Los Fox gozaban de un gran reconocimiento en la iglesia metodista local. El padre, John Fox, incluso había pronunciado algunos sermones a los fieles. Probablemente, al ser personas muy religiosas, no dieron ningún crédito a las habladurías que corrían por el pueblo, que afirmaban que la casa estaba encantada. Pero en el momento que los nuevos inquilinos se instalaron en ella, los fenómenos que habían aterrorizado a los propietarios anteriores se repitieron. El señor Fox dio aviso a las autoridades y decidió montar guardia durante la noche.

El matrimonio Fox tenía dos hijas, Margaret y Kate, de catorce y doce años respectivamente. Estas, al principio, se asustaron pero, al final, acabaron familiarizándose con el «fantasma». Una noche, como de costumbre, las despertaron unos golpes que resonaban en su habitación. Kate, la más joven, se divertía respondiéndoles con un chasquido de dedos y esperando luego la respuesta correspondiente. Preocupada, la señora Fox acudió a la habitación de sus hijas pero, al darse cuenta de que no les ocurría nada malo, tuvo la idea de intervenir en la «conversación».

Se dirigió a la fuente del ruido y dijo: «Cuenta hasta diez». Y diez golpes, ni uno más ni uno menos, se oyeron en la habitación. Entonces, la señora Fox pidió a su «interlocutor» que respondiera con un solo golpe si era un ser humano: la respuesta fue un completo silencio. Suponiendo que efectivamente podía tratarse de un fantasma, preguntó: «Si hay algún espíritu en la casa, que responda dando dos golpes». Y acto seguido se oyeron dos golpes en el silencio de la noche. Por medio de esta anécdota, aparentemente banal, los espíritus entraron en comunicación con los vivos.

A la noche siguiente, toda la familia se reunió en la habitación para esperar la llegada del fantasma. Este no se manifestó hasta pasada la media noche, y los Fox estuvieron en comunicación con él durante más de una hora. Utilizando el

lenguaje de los golpes, que por el momento era la única forma de establecer un diálogo con el interlocutor invisible, le preguntaron si podía responder a sus preguntas también en presencia de otras personas. La respuesta fue afirmativa. El señor Fox se dirigió nuevamente a las autoridades y se reunió con el juez de la región, el médico y otros vecinos del lugar. Uno de los participantes más interesados en la experiencia, un cuáquero llamado Isaac Port, compuso un alfabeto rudimentario en el que cada letra correspondía a un cierto número de golpes. Gracias a este alfabeto fue posible averiguar la identidad y la historia del espíritu que emitía los golpes: dijo llamarse, cuando estaba vivo, Charles Ryan (o Charles Haynes, según los autores); asimismo, contó que había sido vendedor ambulante y que, en 1832, a los treinta y un años, fue asesinado por un antiguo habitante de la casa, que lo había enterrado en la bodega. Se excavó en el lugar indicado y, entre los restos de carbón y cal, se encontraron un puñado de cabellos y huesos humanos. Una vez investigadas todas las informaciones que había dado el espíritu, pudo confirmarse que un vendedor ambulante de nombre Charles Ryan efectivamente había desaparecido misteriosamente en 1832, a los treinta y un años. Era viudo y padre de cinco hijos.

La noticia de estas «conversaciones» con los muertos se difundió rápidamente por Estados Unidos, y en poco tiempo la casa de Hydesville fue transformada en un centro de atracciones. Pero las opiniones de los vecinos, que al principio habían creído todos en la sinceridad de los Fox, empezaron a dividirse. Los más exaltados creían ver en todos estos acontecimientos la mano del diablo, e incluso hubo quien propuso quemar la granja. La familia fue apartada formalmente de la iglesia metodista. Alarmados por la actitud de la gente, los Fox decidieron mudarse a un lugar seguro y se establecieron en Rochester, en casa de una hija mayor. Pero allí también la situación se hizo insoportable: por la noche, unos brillos extraños aparecían en las ventanas y los muebles, las paredes crujían y los objetos de la casa se movían. Entonces los espíritus tranquilizaron a los vivos: no tenían nada que temer, se habían manifestado sólo porque había llegado el momento de

dar a conocer al mundo entero la verdad eterna; acudían al lado de los seres queridos para guiar sus pasos y consolarlos en este valle de lágrimas. Las hermanas Fox, que estaban empezando su carrera de médiums, recibieron el encargo de celebrar reuniones y asambleas en las que los espíritus pudieran comunicar sus mensajes de paz y felicidad. En poco tiempo, las reuniones espiritistas se multiplicaron, no sólo en torno a Margaret y Kate Fox, sino también con otros médiums que, gracias a ellas, habían descubierto sus facultades. De este modo, se formó un pequeño grupo de adeptos que, movidos por un gran entusiasmo, organizaron una gran asamblea pública el 14 de noviembre de 1849 en Manchester. Este acontecimiento marcó los inicios oficiales del movimiento espírita. Tres años más tarde, en 1852, se celebró en Cleveland el primer congreso espírita, y en 1854, en Estados Unidos había más de tres millones de espiritistas y unos cien mil médiums en activo.

Durante los años siguientes, una comisión de médiums norteamericanos recorrió los principales países de Europa e iban suscitando a su paso un enorme interés. Eminencias del mundo de la ciencia y las letras, eclesiásticos, militares y artistas mostraron su entusiasmo por los fenómenos espiritistas. En los salones de la alta sociedad, frecuentados por escritores y filósofos, se discutía apasionadamente del tema y se organizaban encuentros para invocar a los seres del más allá.

